

Sexualidad femenina como práctica de libertad

Londoño-E., María L.

María Ladi Londoño E.: Psicóloga, sexóloga, feminista. Ex-presidenta de la Sociedad Colombiana de Sexología. Secretaria del Comité Ejecutivo de FLASSES. Directora de la Fundación «SI-MUJER».

La sexualidad, instancia aún desconocida, puede albergar respuestas a muchas de las incógnitas que tenemos como especie. La sexualidad femenina especialmente oscurecida por los jerarcas y deducida erróneamente de la sexualidad masculina, debe hacer transgresiones permanentes para expresarse en forma fluida, además, porque no ha sido una práctica de libertad. El proceso de socialización marca con diferencias tan grandes a hombres y mujeres que terminamos inentendibles en las experiencias sexo-afectivas. La sexualidad gratificante además de aportar calidad y alegría de vivir, fortalece la capacidad de tolerancia frente a las dificultades.

La sexualidad femenina - ese permanente manantial de vitalidad - como premisa fundamental de la vida y especialmente del ámbito de interrelaciones humanas y de pareja, nos conmueve con felicidad o dolor de acuerdo a la forma como aprendamos a vivirla, bien sea aceptando, ignorando o trascendiendo la pauta de la propia cultura. Es un hecho que la realidad social usualmente difiere de las expectativas de vida, yo diría que en nuestras coordenadas genera y refuerza efectos casi contrarios a éstas. Es decir, un cuento es lo que hemos aprendido sobre sexualidad y otro muy diferente lo que llegamos a encontrar en ella y, así, confundidos, varones y hembras vivimos el desencuentro permanente ya que las frustraciones eróticas no se desvanecen por lo silenciadas.

Esta instancia de la sexualidad, tan cercana a lo que puede ser la misma esencia humana, se ha oscurecido, malinterpretado y mitificado en tal forma, que aún encierra para nosotros(as) profundos misterios y, quizás, los mensajes criptográficos esenciales, sobre la vida, difíciles de descifrar en nuestra etapa evolutiva. A medida que vamos desentrañando lo que puede ser nuestra sexualidad, encontramos que

más y más posibilidades siguen ocultas; quizás el proceso filogenético nos lleve en un futuro a descubrir que el sentimiento amoroso unido a la emoción sexual constituyen la experiencia clave para muchas de nuestras incógnitas como especie. Es decir, la sexualidad posee algún sentido que aún se escapa a nuestras intuiciones y enfoques presentes.

Marco sociocultural de la sexualidad femenina

Desde mi perspectiva de mujer enraizada en suelo Indoamericano y a finales de siglo, es claro que el estar receptivas a las innumerables posibilidades de vida y sexualidad que se nos van abriendo, impulsará el mejoramiento en la calidad de vida para la cual además es insoslayable el camino de la transgresiones permanentes. Un problema nuevo que emerge en la actualidad es que las mujeres estamos cambiando aceleradamente, y la gran mayoría de varones no sólo ha quedado en una misma etapa sino que ni siquiera logra darse cuenta del desarrollo y crecimiento de las mujeres. En Indoamérica, revolución sexual y revolución de la conciencia parece que connotan significaciones contrarias para mujeres y hombres, hecho preocupante dado que la heterosexualidad es una de las orientaciones más generalizadas.

Es aquí, en esta vivencia tan precisa de la heterosexualidad donde se ponen de manifiesto las reales diferencias hombre-mujer, cuyas formas de responder evidencian los guiones asignados y asumidos tradicionalmente en los cuales parece que la ternura se halla errática y el compromiso amoroso oculto e inasible. Afortunadamente los pecados sexuales van desapareciendo de nuestro ámbito gracias a los aportes de la sexología, el feminismo y el humanismo, abriéndose a una tendencia cada vez más fuerte hacia la libre expresión del erotismo, la revisión de valores insanos y la mujer poseedora de derechos sexuales.

Tiempo atrás, fue corriente el concepto de peligrosidad inherente a la mujer, entre otros, por lo de las vaginas dentadas de la época victoriana, el furor uterino que planteaba Krafft Ebing, la envidia del pene de Freud, la pecaminosidad y la malignidad derivados del pecado de Eva según el cristianismo, enfoques todos con efectos directos en la identidad sexual femenina. Paralelamente, un mensaje validado por la cultura hizo referencia a las relaciones sexuales como intrínsecamente menos placenteras para ésta, aseveración sustentada en diversos hechos y validada con investigaciones teóricas o de campo; Kinsey en el año 48, encontró que el «hombre medio» - si es que éste existe - tiene durante su vida, más orgasmos que la mujer media, resultado consecuente, puesto que las personas respondemos a la formación que nos dan, y en esa época tal era lo esperado. Los seres que habitamos la tie-

rra - criaturas de «tiempo y espacio» - llevamos suficiente plasticidad en nuestra constitución como para dejarnos moldear por la cultura: aprendemos a comportarnos como creemos que es lo normal y generalmente actuamos regidos(as) por las sanciones sociales.

Después de Kinsey, con Masters y Johnson, se describió y comprobó en el laboratorio el mayor potencial sexual de la mujer, identificándose tanto su posibilidad multiorgásmica como la variabilidad de la misma, y el que ésta casi no sufre de agotamiento sexual. En consecuencia, se empezó a revisar, al menos en nuestro medio, esa antigua certeza de la limitada capacidad femenina para el placer sexual entendido según la tradición, y reorientado de acuerdo a las nuevas expectativas y modelos, teniendo como referencia los enfoques de la sexología estadounidense en la cual gravitamos.

La categoría de placer sexual se define actualmente en función de los orgasmos que se obtengan, constituyendo esta experiencia el parámetro fundamental. Así, por el rol protagónico del orgasmo tenemos una verdadera «orgasmología» considerada a nivel de ciertos sexólogos, según parece, una disciplina «científica» de interés general. Todos los mensajes nos motivan a lograr esos instantes orgásmicos como la máxima realización, a pesar de que sean como alcanzar una burbuja de jabón por lo fugaces (20 a 60 segundos), perdiéndose de paso el interés en buscar los demás océanos de goce ajenos a la «meta». Algo así como si placer sin orgasmos fuera incompleto, y no se habla de clímax poco placentero. Las premisas no son concluyentes, no está claro con relación a qué puede medirse la satisfacción sexual subjetiva; ¿qué constituiría una referencia válida para hacer generalizaciones? Además, ¿tiene sentido buscarla?

Inicialmente anoté cómo las mujeres tratamos de percibir, comprender y vivir la sexualidad según nos la han descrito. Las historias que nos han contado sobre ella son la referencia a la cual intentamos adaptar nuestras pulsiones eróticas. ¿Cómo es? ¿Qué debo hacer? y otros, son interrogantes frecuentes en el proceso de aprender a vivir y asumir la sexualidad. De esta manera dejamos que nuestra sexualidad se convierta en una respuesta social e ideológica más que personal. Las creencias, sobre todo religiosas, atraviesan en todos los niveles la experiencia sexual de las mujeres indoamericanas con efectos inmediatos, o no reconocidos pero devastadores y de largo alcance. Conviene repetir que con sólo comprender el hecho no se supera y es necesario trabajarlo específicamente ya que el cambio de expectativas ha convertido algunos supuestos logros en problemas. Lo que en otras épocas se buscaba como virtud en la mujer, actualmente se identifica como disfunción, ej: ca-

rencia o disminución de deseo, excitación y/o orgasmo, materias de tratamiento sexológico.

La idea que tengamos sobre nuestro potencial sexoerótico, es la guía para vivenciarlo. En consecuencia, se amerita repensar la historia sexual personal y precisar si hemos tratado de descubrir los propios deseos y capacidades o nos desgastamos luchando contra ellos porque no se ajustan a lo esperado y, dentro del supuesto esperado, las características han sido, no sólo el orgasmo como indicador de logro y salud sexual sino también la heterosexualidad y, de refilón, la monogamia (epifenómenos sexuales esquematizados).

Cuando hablamos de relaciones sexuales, ni tenemos que explicarlo, puesto que se da por hecho que nos estamos refiriendo al intercambio íntimo entre los dos sexos, como si fuera la única orientación. De nuevo, la tendencia presente es a percibir de acuerdo a las normas y no de acuerdo con nosotras(os) mismos, por lo cual toda disidencia se considera anormal. En esta línea de comprensión, casi se constituye en fiasco el descubrimiento de la bisexualidad como característica potencial de los seres humanos.

Al orgasmo como meta alcanzada en forma heterosexual, que es la norma, se suma la supuesta necesidad de pareja, otra de las características con que generalmente se vincula la sexualidad. En nuestros pueblos, donde la intolerancia por la diversidad es corriente, el mandato resulta bien claro: El comportamiento sexual debe ser: orgásmico, heterosexual y en pareja monogámica.

Quizás debido a la falta de identidad cultural ignoremos estilos llenos de sabiduría propios de nuestros pueblos como el sirvinakuy o matrimonio de prueba, inentendido por todos los invasores a pesar de su gran significado y acierto. Así mismo parece que no se cuestiona el transmitir pautas sexuales fijas, precisamente en nuestra especie que las dejó atrás en su evolución.

Las características del modelo estandarizado son fuente de problemas para las mujeres que no pudieron cumplir así sus expectativas. Mujeres atrapadas por el molde cultural, que sienten frustraciones, dolor y mucho conflicto al vivir estilos distintos de aquellos ofrecidos como meta o supuesta realización en la vida.

Hasta no hace mucho tiempo, cuando la sexualidad femenina se asociaba directamente con los estrógenos, las mujeres, después de la menopausia o de la extirpación de sus órganos reproductores internos, ya no esperaban continuar su vida se-

xual porque creían - generalmente con gran alivio - que ésta había llegado a su fin. Es cierto que como efecto de las expectativas y/o de la socialización, se puede disminuir o terminar el potencial de goce sexual con la consiguiente aridez, ya que el deseo sexo-afectivo es como la savia que mantiene viva la ilusión, y en su ausencia la vida se carga de mayor sequedad y sombras...

De aquella premisa a la actual, encontramos enorme diferencia. Con la nueva sexología, se plantea y acepta que la mujer no sólo es prácticamente insaciable en su sexualidad sino que ésta es tan extensa como su vida. Retomo aquí una interpretación sociológica, para mí sensata, acerca de que a las mujeres históricamente se nos quitó el poder social como supuesta compensación, puesto que ya la naturaleza nos había dotado de enorme poder biológico, referido éste no sólo a la capacidad de dar la vida sino también a la obtención del goce sexual.

En uno u otro extremo, el hecho constante y real es que ha existido una normativa controladora y reguladora de la sexualidad, especialmente de la sexualidad femenina, que posee una dimensión emocional profunda cuando emerge libremente conociendo que pueden ser muy diversas las dinámicas subyacentes a la sexualidad; su ejercicio frecuentemente se motiva en intereses no sexuales como: deber, hábito, retos internos, curiosidad, negocio, seguridad, autoafirmación, manipulación, temor, etc. Dicho en términos populares: «No todo lo que brilla es oro».

Aun ahora, a la puerta del año 2000, subsisten viejos modelos y encontramos vigente el estereotipo de asociar éxito y realización femenina con la pertenencia a un hombre. Gran porcentaje de mujeres siguen centrando sus esperanzas en el hecho de formar una pareja heterosexual. Me pregunto: ¿Qué tan real es la necesidad de vivir en pareja? ¿La cohabitación será igualmente una sugestión social? El aceptarla como necesidad y no como opción, ¿nos habrá limitado en la búsqueda de otros estilos más gratificantes? Un gran número de parejas en nuestro medio terminan cerca físicamente pero muy lejanos emocionalmente, casi como verdaderos desconocidos por no haber seguido paralelamente los cambios que el vivir fue ocasionando en cada uno; y la sociedad valida estos estilos.

Los interrogantes

En resumen, la cultura en la cual nacemos y vivimos nos da un molde con el fin de adaptar nuestro comportamiento como si fuera el único posible, y aquellos que no pueden o no quieren y se quedan por fuera son susceptibles de desdicha y tal vez de marginación. La normativa ha tratado de fijar lo que la condición humana a par-

tir del potencial biológico y los componentes psicológicos y sociales no tiene, como es, una sexualidad unidireccional, rígida y uniforme. Esta breve referencia sobre el marco sociocultural de la sexualidad femenina, me permite plantear algunos interrogantes necesarios para reflexionar en torno de los mismos.

Si la sexualidad puede ser fuente permanente de placer, pero con gran frecuencia produce sufrimiento en lugar de gozo... ¿Qué ocurre? Posiblemente ignoremos cómo vivirla o la hemos distorsionado, o nuestras expectativas son equívocas y sería interminable el ensayo de explicaciones. Por supuesto, es claro que contabilizar orgasmos por sí mismos no responde a los anhelos de un gran porcentaje de mujeres; de serlo, resultaría muy sencillo, ya que podemos obtenerlos fácilmente por medio de la autoestimulación. Sin embargo, esta afortunada gratificación no anula la tendencia y/o necesidad relacional y de resonancia íntima con otros u otras. De igual forma, la misma culminación orgásmica con la pareja deseada, en ausencia de otras manifestaciones y certezas fuera de la cama tampoco llena las expectativas de felicidad, y cabrían muchos más ejemplos. Lo anterior reafirma la complejidad de la vida sexual en orden a su infinita variedad de motivaciones sutiles y a veces insondables.

Un paso importante en la comprensión de nuestra condición es la clarificación de las propias posibilidades sexoafectivas y sus formas expresivas, bien sabemos que en la obtención del goce sexual incide directamente el autoconcepto, o sea, el aceptarme como creo que soy, aunque no corresponda a la imagen que otros tienen de mí o al modelo estereotipado. ¿Me percibo erótica? ¿Me siento en cada parte de mi cuerpo? ¿Me doy permiso y tiempo para sensibilizar diferentes zonas? ¿Doy cauce libre a la fantasía y a la emoción sexual? ¿Me permito «perder el control» en la intimidad? ¿Estoy abierta a nuevas experiencias o le coloco cerrojos, trancas, muros y armaduras a mi expresión sexoerótica? Los fenómenos internos tienen tanta trascendencia como las circunstancias externas.

Para la plenitud sexual además del aprendizaje de cercanías corporales, de los estímulos adecuados y del entorno deseado tiene enorme peso la motivación interna que prepara y facilita el impacto de los hechos anteriores. O sea, que igual tipo de caricias con la misma persona deseada pueden resultar intensamente excitantes en una ocasión y en otra causar poco impacto, dependiendo de la motivación y significancia del momento. De igual forma, y como las otras apetencias humanas, difícilmente podemos esperar las mujeres que todas nuestras relaciones sexuales sean altamente placenteras, eróticas y estremecedoras; lo micro y lo macro, el clima, la luna, nuestros ritmos corporales químicos y emocionales hacen diferencias.

Asimismo, requiere un cuidadoso análisis fomentar actitudes críticas ya que nuestras ideas sobre la sexualidad y la posibilidad de amar han estado afectadas por muchas mitologías, entre ellas la androcéntrica. El varón ha sido el modelo, la referencia para conocer, incluso la respuesta sexual de la mujer. Tal como el hombre siente, se espera que la mujer responda. Gran equívoco especialmente esclarecido por las mujeres al comprender que nuestro placer sexual no es efecto o derivado del placer peneal, summum - supuesto - de todo erotismo.

Aunque las desemejanzas son más de personas que de géneros, es evidente que a partir de las innegables diferencias anatómico fisiológicas para la reproducción, hombres y mujeres vivimos un proceso de culturización diferenciado, que poco a poco nos va alejando, casi hasta convertirnos en seres de distintas especies, con aprendizajes divergentes en la aproximación y vivencia amorosa. Todos los seres humanos partimos de un principio femenino, desarrollado en un medio estrogénico. A medida que se da la lejanía de ese origen, se bifurca el potencial humano, tal vez de manera equívoca. Quizás en algún punto de este proceso de diferenciación y desarrollo existe la clave que potencia, mediante la socialización, esas diferencias que nos vuelven tan ajenos a hombres y mujeres para captar el profundo sentir del o la otra así como también para armonizar sensoamorosa y atemporalmente.

La desfeminización de los varones en su largo proceso biosocial los ha llevado, en gran medida, a negarse a lo femenino, de modo que llegan a ser incapaces de entender adecuadamente el sentir de la mujer, lo primigenio de ellos mismos, a distanciarse y a convertirse en el otro, en lo opuesto e irremediable, además difícil de ensalmar. En la orilla opuesta, las mujeres bajo el mandato de la renuncia y expresándonos a través de nuestros sentimientos, dócilmente caemos en la confusión y tristeza por el desamor pues nos resulta difícil escindir el sentimiento amoroso de la visión del mundo.

Desde el ángulo del sentimiento, el deseo y/o necesidad de ser amadas distorsionan la percepción y exaltan la imaginación generando equívocos e injustos análisis. Interpretamos como crueldad, frialdad, ausencia de sensibilidad la no reciprocidad en el deseo-afecto por la tendencia de situar en el otro la responsabilidad de nuestros desengaños. Universalizamos la propia necesidad de espacio en el ser amado, tal vez intuyendo lo que en otro contexto bellamente expresó M. Buber (1981) de que «...los deseos sofocados reculan desesperados al cubil del alma», (p. 137).

La polarización de roles ciertamente limita la gama de comprensión entre hombres y mujeres, dificulta la cercanía emocional y contribuye a entorpecer la armonía de

la convivencia. Me refiero a las posibilidades como seres humanos, en las cuales parece no existir ese don de la comprensión perfecta y total, por lo que convierte en quimera esperar a quien pueda entendernos totalmente; ideal reforzado por las dificultades del vivir.

El entorno tiene su influencia y a veces, hombres y mujeres unidos por un vínculo afectivo, nos entendemos mejor, nos amamos más y conservamos sin sombras la magia del erotismo, viviendo algo separados, con espacios de por medio. La legalización, la cotidianidad y la familiarización, parecen ser elementos fatales y atentatorios contra las relaciones sexo afectivas. Afortunadamente la legitimidad, bendición o permiso, cada vez son menos tenidos en cuenta por las personas que prioritan su gana íntima por sobre la sumisión a la infalibilidad de los jefes.

Es posible que hombres y mujeres tengamos identificaciones en muchos campos del desempeño, pero menores en el área sexoafectiva. Parece que aprendemos a amar diferente, aprendemos a vivenciar la sexualidad con estilos disímiles. Ahora, como los iguales tienden a identificarse, tal vez sea más parecida la forma de amar que tenemos las mujeres entre nosotras y no con el contrario. El estilo femenino es más abierto a la ilusión, la alegría, las risas y no las prisas, es la nuestra una sexualidad expansiva, intensa, difundible, multiafectiva.

Como experiencia común es frecuente escuchar algunas mujeres plantear que mientras el hombre está ausente lo extrañan, lo ansían, pero cuando lo tienen cerca después de un corto tiempo pierden el interés, como si la permanencia terminara con el deseo, o al menos con la ilusión, fenómeno entendible por la satisfacción de una necesidad, del deseo colmado. Por supuesto, hablo en forma general sin tener en cuenta las excepciones. Definitivamente nuestra sexualidad no es simple, como tampoco la comprensión de nuestra condición tan ensombrecida por la cultura.

Vengo hablando de sexualidad entremezclada con el amor puesto que, para las mujeres estas instancias - vuelvo a generalizar - se encuentran en fusión íntima, con diferentes proporciones, pero revueltas. Dicho de otra forma: en las mujeres lo más frecuente es copular y amar, tener intimidad sexual dentro de un marco afectivizado. De otro lado, parece corriente que los varones disocien el sentimiento de su ejercicio sexual por lo cual muchos pueden llegar a pagar para tener coitos con mujeres a quienes no quieren ni mirar debido al desagrado que les causan; o con las famosas muñecas inflables. Se visualiza algo así como que un orificio unido a lo que sea, sirve para satisfacer urgencias sexuales. Entiéndase aquí que es diferente el papel de la mujer trabajadora del sexo, por cuanto ella en su actividad esencial-

mente busca un objetivo económico, laboral y no de satisfacción sexual que - si se da - evidentemente mejora la tarea.

Los comportamientos anteriores - dicho sea de paso - constituyen elementos esenciales de esa gran vertiente de la sexología cronometrista, cuantitativa, metodologizada y mecanizada tan en boga en nuestra región indoamericana, signo de la tendencia, a su vez, al calco extranjero. Los seres de la tierra tenemos muchas diferencias en nuestros comportamientos sexuales; para las mujeres suele ser más difícil despersonalizar las relaciones y hacer ruptura con el tiempo del y para el amor. El problema ha residido en que culturalmente se pretende simultaneidad de gustos, esperar los mismos efectos y gratificaciones, cuando frente a las relaciones íntimas hembras y varones adquirimos aprendizajes tan diferentes que parecemos venidos de galaxias opuestas.

En consecuencia, la sexualidad, esa gratísima experiencia, resulta ser significativamente diferente para hombres y mujeres de nuestro momento histórico-cultural. Me atrevo a formular algunos planteamientos con respecto a dichas diferencias.

Planteamientos

La sexualidad es un potencial dinámico de enorme fuerza para la mujer, que además de reforzar la esencia humana puede generarnos emociones alegres, vitales y profundas; su energía llega hasta fortalecer nuestra capacidad para resistir frustraciones sin importar que su significancia total escape a la interpretación de la lógica oficial.

En consecuencia su deprivación es indeseable. Las generaciones que la sufrieron como pecado y/o castigo, - común en nuestros pueblos indoamericanos , quedaron en deuda con la vida, así como en grave pecado los jefes que promovieron dicho estilo para podernos manejar fácilmente. Reivindicando su importancia, planteo que la sexualidad voluntaria no es pecable.

Si logramos romper los patrones culturales que nos pautan el comportamiento y dejamos fluir libremente nuestro potencial sin crearnos barreras, ni ponerle frenos o límites insensatos, tal vez podremos llegar a identificar el verdadero sentido de la vida en nuestra sexualidad. Por supuesto resulta imprescindible superar el prejuicio sobre su peligrosidad y dejar de asociar su libre ejercicio, por ejemplo, con la caída del Imperio Romano, entre otros. Validemos la búsqueda de experiencias educativas que contribuyan a modificar estados sexocarenciales.

Un paso importante en el aprendizaje del placer sexual es adquirir claridad y conciencia de la diferenciación en lo que respecta a las relaciones heterosexuales ya que generalmente las expectativas son diferentes y la forma de satisfacerlas también. Dicho en otros términos, con frecuencia el problema reside no en lo poco que recibimos sino en lo mucho que esperamos dado que no es fácil ceñirse a un solo principio de realidad en el ámbito de la sexualidad y el amor. Además, no se trata de modificar nuestra femenina dimensión emocional sino de promoverla en el mundo varonil. Contextualizando, las relaciones homosexuales también se oxigenarían alejándose del modelo heterosexual con tanta frecuencia asumido en tal orientación.

Las mujeres, lo reitero, tenemos íntimamente mezcladas sexualidad y afectividad. Afectividad no necesariamente relacionada con el tiempo de la relación o con el compromiso por él o la otra. Es decir, tendría que mediar un daño personal muy grande para llegar a convertirnos o sentirnos sólo cavidad receptora de la anatomía masculina, porque difícilmente las mujeres banalizamos esta experiencia.

Dentro del amplio espectro de la afectividad, el amor sexual es eje o núcleo. El amor es como un centro de fuerza muy potente que se da en nuestro interior e irradia efectos fortalecedores para vivir. De allí que no exista mejor solución o terapia para los hechos dolorosos de la vida que el amor, y éste lo entiendo en forma inexorable unido a la sexualidad, ahora, como fuente energética que es equivalente a vitalidad y como tal conlleva algunas características del ser vivo: surge, crece, se agota, se transforma, muere o desaparece de alguna forma en cuyo caso, además de quedar en la evocación de la historia personal, ¿a dónde irá?

Para las mujeres el amor o, como lo denominé, ese centro de fuerza interior, tiene características muy especiales. Nosotras nos dejamos invadir por el sentimiento amoroso y todo adquiere su tinte; en el trabajo, en el hogar, en el agotamiento, en el descanso, en cualquier lado nos acompaña tal sentir. Como que nos es difícil hacer cortes o segmentar la emoción por lo cual es importante legitimar la relación sexual como inigualable expresión de amor. El bloqueo de la capacidad amatoria es tal vez la más grave alteración o disfunción del área sexual aún no identificada en vista de que los sentimientos son menos estudiados y conocidos que las respuestas fisiológicas, por lo cual muchas personas ni se preocupan al vivir tan alienadamente.

En este espacio del amor volvemos a encontrar grandes diferencias; pareciera que el varón desfeminizado y culturizado en lo opuesto, puede hacer con facilidad cor-

tes bruscos como veremos. Después de una relación gratificante y plena, la mujer no hace escisiones rápidas, ya que el sentimiento amoroso la explota internamente desbordando su ternura; con frecuencia, después de esos mágicos momentos amorosos, ella espera del otro algún detalle, cercanía o manifestación confirmatoria de que no es un sueño, que ella está aún en el otro con un vínculo fortalecido; resulta decepcionante no recibir los ecos esperados y es que él ya no está allí. En el momento de la relación íntima quizás el varón se dio todo, su entrega fue total y se vio inmerso en esa sexualidad gratificante, pero cuando pasó la emoción volvió a la otra realidad de su mundo desafectivizado que no está enmarcado por el amor, y tampoco alcanzó a intuir las expectativas inherentes a la vivencia femenina.

Para la gran mayoría de varones de nuestra cultura, según parece, las barreras y bloqueos caen inmediatamente después de la relación sexual y su interés se desplaza, pareciendo ajenos a lo vivido, aislados y en otros mundos. Nosotras, repito, cuando se da la gratificación sexual que invariablemente tiene matices afectivos, la prolongamos en nuestro quehacer como si continuara un proceso de gestación, es decir dimensionamos diferente. Y no se entienda que la vivencia amorosa nos paraliza puesto que por el contrario aumenta nuestra energía y tolerancia.

Parece como si la vaciedad psicológica y amorosa le llegara al varón con la momentánea vaciedad fisiológica después de la descarga eyaculatoria, que además, bueno es anotar, no siempre indica placer. Asimismo, los dolores estéticos tampoco cabrían en una sexualidad primaria de alivio fisiológico como frontera. Las mujeres estamos más propensas a no hacer cortes ni segmentar el impacto placentero. Vivenciamos un sexoamor expansivo, ribeteado de ternura y desbordado por todo el ser, a veces en forma muy silenciosa.

Nuestro universo sexual y afectivo está poblado de sueños, poesía, cadencia, magia, ilusiones, fantasía, posibilidades, independientemente de que nos acerquemos al otro por erotismo, como se dice popularmente por magnetismo de piel, y ésta es una de las especificidades femeninas en el placer íntimo que llega a constituir profunda conexión con uno mismo y con la posibilidad de energía exteriorizándose. Mediando interés, motivación adecuada, los estímulos esperados en el entorno preciso y la conciencia del derecho al goce sexual, éste se da en la mujer fluidamente, ayuda, una amplia perspectiva sobre la misma vida y oportunidad en la intuición del momento.

Otra verdad es que la capacidad para amar indica madurez y realización interior, y no es fácil aprender a amar. Qué triste que el proceso de socialización bloquee tan-

to el potencial amoroso - especialmente de los varones como el de las orientaciones sexuales, porque cuando necesariamente nos tenemos que meter en un molde heterosexual desconociendo la posibilidad bisexual, o en el reproductivo ajeno al deseo, seguramente estamos empobreciendo nuestra dicha amorosa.

Me parece que, en gran medida, los seres humanos hemos perdido la capacidad expansiva del amor, al enjaularla en sus postulados: monogamia y heterosexualidad. Creo que el cauce del amor nos es aún desconocido. Es posible que todavía nos falte desarrollo evolutivo, un grado mayor de crecimiento interior, para abrir esa compuerta de la capacidad sexoamorosa más en los hombres que en las mujeres; en ellos las limitaciones especialmente son de carácter interno y en nosotras la normativa es exterior. Asimismo a nivel general, la sexualidad no se ha priorizado como elemento de valor en la calidad de vida de las personas, haciéndose necesario por tanto profundizar la comprensión de su aporte al bienestar humano.

Como la sexualidad no ha sido una práctica de libertad para las mujeres, mucho de su sentido nos está oculto y los varones, ubicados en el mundo con otro esquema, todavía parecen estar más alejados de la clave que les permita expandir el amor o superar la hipertrofia del mismo.

Sabemos que para las mujeres con preferencia heterosexual es difícil encontrar al varón que comprenda en toda su dimensión nuestra condición, y ésto, como antes dije, porque nuestras expectativas son diferentes, al igual que los procesos de aprendizaje, y porque, quiero reafirmarlo: el proceso de desfeminización dependiendo de su grado, quizás ha llevado a que los varones nos desconozcan tanto, que a veces, parecemos venidos/as de planetas diferentes y el problema reside en que no nos hemos dado cuenta de esos orígenes en la historia del tiempo.

Referencias

- *Aries, Ph.; Bejin, A.; Foucault, M., SEXUALIDADES OCCIDENTALES. - Edic. Ibérica, Barcelona, España. 1987; El modelo de la Tabla Periódica de las Transposiciones del género.
- *Bruckner, Pascal; Finkielkraut, Alain, EL NUEVO DESORDEN AMOROSO. - Anagrama, Barcelona, España. 1970;
- *Buber, Martín, ¿ QUE ES EL HOMBRE ?. - Fondo de Cultura Económica, Bogotá, Colombia. 1981;
- *Harris, Olivia; Young, Kate, ANTROLOGIA Y FEMINISMO. - Anagrama, Barcelona, España. 1979;
- *Kitzinger, Sheila, LA MUJER Y SU EXPERIENCIA SEXUAL. -
- *Kram, Ebing, PSICOPATIA SEXUAL. - Círculo de Lectores, Barcelona, España. 1985;

*Londoño, María Ladi, EL PROBLEMA ES LA NORMA. - Ediciones Prensa Colombia, Cali, Colombia. 1989;

*Money, J.; Ehrhardt, A., DESARROLLO DE LA SEXUALIDAD HUMANA. - Ediciones Morata, Madrid. 1982;

*Pillard-C., Richard; Weinrich-D., James, REVISTA LATINOAMERICANA DE SEXOLOGIA. 4,1. 1989 - El Ateneo, Buenos Aires, Argentina. 1955;